

LA PARVA

—Friquitinoides.

—Friquitinoides.

—Friquiti.

—Friquiti.

—Friquitinoides.

—Friquitinoides.

Héctor se sonrió entreabriendo sus gruesos labios. Rubén, desde arriba de la parva lo había visto aparecer por el fondo del potrero, allá abajo, junto a la larga fila de álamos. De vez en cuando se detenía en su carrera y se quedaba oscilando sobre un pie para atarse las zapatillas. Cuando llegó al pie de la parva, con los ojos muy brillantes, gritó la contraseña, la que sabían ellos dos solamente.

—Subí aquí, ordenó Rubén, golpeando con la mano sobre la chapa de zinc.

—Pará, voy a tomar agua. El hilo cristalino se arqueó desde la punta del porrón.

—Ponéla más lejos.

La garganta temblaba con los tragos, ruidosa, opaca. Héctor empezó a dar saltos mientras seguía bebiendo; zarandeaba las caderas y maneaba los hombros. Después hincó una rodilla.

—¡Qué bárbaro!, dijo Rubén, y se quedó mirando el borde de las zapatillas de Héctor, sudadas, como con grietas.

Héctor, de un brinco, como un payaso, se alzó y dejó el porrón en el suelo. Iba a subir, pero se arrepintió y lo acomodó con cuidado en un hueco oscuro, fresco, junto a unas matas.

—Subí de una vez, rogó ahora Rubén.

El morochito miró al fondo del campo, al cielo, los surcos que iba dejando el arado, las gaviotas; retrocedió unos trancos, con las piernas rígidas, calculó para medir y se largó hacia adelante. Desde arriba, tenso, Rubén seguía sus movimientos.

—¡Aquí me tenés!, exclamó triunfante. Tenía unas pajas en su pelo negro, amarillas, doradas. Rubén le recorrió la cara, la frente, las mejillas, como si le contara las pecas. Aflojó los dedos que se le habían puesto blancos:

—Viniste tarde, dijo.

—Lo anduve buscando al Cual.

Hubo un silencio. Los ojos de Rubén titubearon detrás de los anteojos.

—¡Cual! ¡Cual! ¡Cual!, gritó Héctor inesperadamente; tenía muchas ganas de gritar, de aturdirse. ¡Cual! ¡Cual! ¡Cual!, gritó más fuerte: Rubén estaba muy serio. El también se puso serio: —Lindo perrito, dijo. Sabía que ese truco no podía fallar.

—Fuerte perrito, concedió Rubén.

—Sanito.

—Chiquito.

—Buenito.

—Coloradito.

—Dientudito.

—Trompudito. “Es trampa; así es lo mismo y no vale”, pensaron los dos. Rubén, consciente, se acomodó los anteojos que se le resbalaban por la nariz.

—Coludito. Era un hallazgo: Héctor se quedó satisfecho.

Rubén dudaba; Héctor quería que su amigo creyera que él no se daba cuenta y se puso a silbar mirando las gaviotas: una, dos, tres; los álamos: tres, cuatro, cinco. No tenía que mirarlo; se apretó las rodillas con los brazos. La media tenía un agujero; metió el dedo por dentro y lo asomó moviéndolo como una colita. Al final se decidió a mirar a Rubén por entre las cejas, torvamente, espiándolo; el otro estaba rojo, violento, parecía con ganas de llorar. Héctor no aguantó más:

—¡Putito!, gritó tirando del agujero: la media crujió.

—¿Te gusta el Cual? Rubén movió la cabeza de costado.

—¡Qué! ¿No?

—No; no es eso. Me duele el cogote.

Una ráfaga de viento trajo un olor a osamenta.

—¿Fué el zaino, no?

—Sí; fué el zaino.

Héctor pensaba: “—Le presento un amigo. —¿De dónde lo sacó? —De adentro de un cajón. —¿Qué le da de comer? —Un lechón. No. Un tapón. Un cimarrón. Un zapatón. On, on, on. Un peón. Mi papá con bigotes y todo se lo come y le duele la barriga como un lechón con bigotes y todo bigotes y sombrero”. Se rió.

—¿De qué te reís? Rubén estiró las piernas metidas dentro de unas medias color canela que parecían reventar con la carne, y las abandonó flojamente sobre las canaletas de la chapa.

—¿Estás gordo ahora, eh?

La tía Elisa le había puesto el dedo delante de la nariz:

—¡Cuidadito! ¡Cuidadito!

Rubén lo había mirado a Héctor que estaba echado dentro del cuadrado de sol, al pie de la acacia. Un bichito verde le caminaba por el brazo: él lo dejaba, pero cuando se le iba a meter debajo de la manga, por el sobaco, lo sopló y el bicho desplegó unas alitas transparentes y salió volando, reluciente.

—¡Cuidadito! ¡Cuidadito!

La tía tenía un lunar en la mejilla que se sacudía cuando hablaba.

—Héctor ¿te gustaría?

—¿Qué?

—Si toda la gente se muriera y nos quedáramos solos los dos; yo y vos, Fideo. Rubén quería ser tierno para que el otro lo atendiera. ¿No es cierto que sería muy lindo? De golpe todos se morían y nos quedábamos vos y yo aquí arriba. En silencio todo el potrero; las gaviotas no gritarían, y en casa el chajá tampoco. La plata del banco ¡no! la plata para qué la íbamos a querer. Los autos todos parados y el Cual duro sin ladrar. Y tía también ¡Ja! Nosotros dos solos, Héctor. Salíamos a caminar por ahí, solos, pasando lo de Panizza.

—El gringo, ¿eh?

—Sí; y nos íbamos con el Cual por el camino cuando queríamos.

—Pero si estaba muerto.

—¡Ah! No importa; nosotros podíamos resucitar a quien nos gustaba. Rubén quiso ser generoso. A tu papá también, hasta que nos enseñara a manejar el camión, pero después nos arreglábamos nosotros solos, vos y yo, Fideíto. De vez en cuando lo pintábamos y todo, para tenerlo bien nuevo como cuando lo trajeron. Rojo, todo rojo y los guardabarros negros. Y si teníamos plata lo vendíamos y comprábamos una rural. ¿Qué hacés?

El morocho exhibía su oscuro sexo en la mano, sonriendo siempre:

—A ver vos.

Rubén lo miró a los ojos. La tarde caía. Con una gran dignidad se hurgó en el pantalón y con mimo, muy lentamente, dejó reposar su sexo, muy rubio, lechoso, en la palma de la mano.

—¡Es distinto!

Una gaviota pasó rosando la parva, blanca la panza, blanca y se largó hacia el fondo con un quejido, oscura.